



EL ATRIO DE LOS GENTILES: UNA PRESENCIA DE IGLESIA EN EL MUNDO DE LA CULTURA

Una cultura que ama el diálogo

La cultura catalana se arraiga en una «forma de vida» –que diría Josep Ferrater Mora– propia de nuestra idiosincrasia. En ella el diálogo intelectual es filosofía de vida y procedimiento. Quizás deberíamos remitirnos al «pactismo» en el terreno de la política, o de la sabiduría popular (el aforismo «hablando se entiende la gente»). Hay algo en el alma de Catalunya que hace del diálogo un instrumento totalmente aceptado y valorado. En la sociedad catalana la polémica como intercambio afilado o la intemperancia como intercambio agresivo son consideradas totalmente insatisfactorias ante el diálogo, que es el intercambio razonado y, por tanto, razonable.

Dialogar no es un signo de incapacidad o de cobardía o falta de seguridad en las propias convicciones. Ciertamente es que el diálogo queda bloqueado por la avaricia del propio protagonismo o por la envidia mal disimulada ante la aportación del otro. Y es sabido también que la avaricia y la envidia son malas consejeras, cuando, más allá del discurso sobre los bienes materiales, lo que entra en juego es la altivez. Por eso, a veces el acuerdo es imposible, y se pierden grandes ocasiones. El diálogo es un arte: el arte del matiz, de la comprensión de las diversas posibilidades, de la percepción de la razón del otro. El diálogo no debilita sino que contribuye a relativizar el carácter absoluto e intransigente de las propias opiniones. El diálogo no hace perder la identidad sino que ayuda a mantenerla –eso sí, en el interior de un intercambio que, en última instancia, la refuerza. La atención hacia el otro y la capacidad de escucharle son signos de la palabra, el *logos*, ha entrado en lo más profundo de las capacidades interiores de la persona. El diálogo no es solipsismo, no es afirmación del propio «yo». Más bien hay una crisis del «yo» cuando el diálogo es real.

El Atrio de los gentiles, una iniciativa para nuestro tiempo

Estas reflexiones quieren subrayar el acierto de una iniciativa –el llamado «Atrio de los gentiles», promovido por el Pontificio Consejo de la Cultura (presidido por el Cardenal Gianfranco Ravasi)– que la Archidiócesis de Barcelona ha acogido recientemente (17-18 de mayo de 2012) por invitación del Cardenal Lluís Martínez Sistach, siendo la Facultad de Teología de Catalunya la organizadora. El cristianismo no es inmune a la sociedad en la que vive. Más bien la historia muestra la capacidad de sintonización de la propuesta cristiana con los diferentes contextos humanos en los que se ha hecho presente. La fe cristiana no se comunica en abstracto, como un directorio asépticamente aplicable a cualquier situación, sino que el Evangelio se afana por arraigarse en la pluralidad de culturas que forman el mundo. Por eso, en cada cultura, el cristianismo –y, particularmente el catolicismo– intenta auscultar los latidos de la sociedad y hablar un lenguaje comprensible que haga de puente entre el Evangelio de Jesús y los hombres y mujeres que la conforman. Cabe decir que, en último lugar, la fe cristiana se encarna en cada cultura porque la forma de presencia de la revelación de Dios en Jesucristo pasa por una región periférica (Galilea) de un pueblo naturalmente minoritario (el pueblo judío): la encarnación de Dios en la historia humana es total.

Pero hay otro elemento a tener en cuenta: el universalismo. El lugar más propio del cristianismo no es el espacio sacro sino la ciudad secular. También aquí nos podemos remitir al modo de hacer de Jesús, que predica por pueblos y ciudades, en las sinagogas (donde se reúne la comunidad) y en el templo (el espacio sagrado por excelencia), pero sobretudo en la montaña y en los valles, en la orilla del lago y dentro de casa. Para Jesús, la experiencia religiosa tiene una dimensión global, que va más allá de los lugares reservados e incluye a personas que no son consideradas observantes (los publicanos, por ejemplo). Igualmente, en el Evangelio según san Juan, la señal que indica la culminación de la vida de Jesús, la hora de su pasión es la llegada de unos «griegos», gente no

judía, que se interesan por él y lo «quieren ver» (12,21). Otros griegos, los habitantes de Atenas, han erigido en el areópago un altar que lleva esta inscripción: «Al dios desconocido» (Hechos de los apóstoles 17,23). Pablo comienza su discurso en un lugar tan ilustre comentando este hecho.

Precisamente la imagen del Dios desconocido sirvió a Benedicto XVI para lanzar la propuesta del Atrio de los gentiles el año 2009. Para el Papa, hay personas en el mundo del pensamiento y de la cultura que «deberían poder entrar en relación con el Dios verdadero, aunque éste les fuera desconocido», codo con codo con aquellos que dicen conocerle pero que saben que su misterio es inalcanzable e inagotable. Es decir, a propósito de Aquél que constituye una pregunta y un reto, los que creen y los que no creen pueden encontrarse mediante un diálogo que manifieste los elementos espirituales que hay dentro de cada persona y que quede patente la preocupación compartida por la humanidad entera. Los dos armónicos que hacen posible el Atrio de los gentiles son, pues, la espiritualidad y el humanismo. La espiritualidad, entendida concretamente como la búsqueda de Dios, y el humanismo, entendido como el compromiso ético y personal para un mundo diverso, eran y son los dos motivos mayores de los gentiles de antes y de ahora.

El Atrio de los Gentiles y el Concilio Vaticano II

El Atrio de los gentiles es fruto directo del Concilio Vaticano II. Hay que situarse en la frontera y dar la mano a quienes se acercan ante la puerta de la fe y del amor con ganas de dialogar y conocer. Ambos no pueden ser marginados. No se puede responder con la indiferencia o la autosuficiencia a unas personas que pertenecen al mundo de la cultura y que no han recibido el don de la fe. Quienes decidían ir al templo de Jerusalén tenían acceso libre al atrio exterior, allí donde Jesús predicó en diversas ocasiones, precisamente en uno de sus pórticos, el de Salomón, como testimonia el Evangelio según Juan (10,22-23). Así, pues, en el templo el atrio de los gentiles, abierto a todos, era el lugar habitual de intercambio y de diálogo, el espacio en el que Jesús a menudo hablaba con la gente y con los dirigentes judíos.

Por otro lado, el Atrio se inscribe en la constitución conciliar *Gaudium et spes*, que habla de la relación de la Iglesia con el mundo actual. Cada vez que se realiza el Atrio, emerge el diálogo y el intercambio como valores que brillan con luz propia. Y la Iglesia se encuentra a sí misma con su definición más propia: la de una madre con muchos hijos que es principio de unión entre todos ellos, vengan de donde vengan. Por eso, el formato del Atrio tal y como se ha aplicado en Barcelona no se identifica con un coloquio temático ni con una mesa redonda. El Atrio funciona cuando se crean unas condiciones favorables para que los que están alejados se sientan acogidos y los que están cerca acepten unas voces que no son iguales a las suyas. El Atrio es uno de los caminos de la nueva evangelización, en este caso, del mundo de la cultura y de la ciencia.

Preguntas para reflexionar

- 1.- ¿Tenemos experiencias de diálogo? ¿Cuáles?
- 2.- ¿El diálogo ha sido un paso hacia adelante?
- 3.- ¿Qué podemos aportar a los no creyentes? ¿Qué nos pueden aportar a nosotros?

Textos bíblicos

- Mateo 15, 21-28.
- Juan 12, 20-27.
- Hechos de los Apóstoles 17, 16-34.

Bibliografía

- www.atridelsgentils.net (apartat: presentació)
- Constitución *Gaudium et Spes*. Concilio Vaticano II.
- PAU VI. Encíclica *Ecclesiam Suam*.
- TORRALBA, F. I VILLATORO, V.: *Con Dios o sin*. Ed. Fragmenta. Barcelona 2012.

Barcelona, septiembre de 2012.